

DON JUAN
DE LA TIERRA.

PRIMERA PARTE.

Coronense de laureles
todos los guapos de España
al oir de un Castellano
triunfos, victorias, y palmas,
y los hombres mas valientes
humildes le rindan parias
á este Heroe, à este tremendo,
segundo Marte en las armas.
Nació en la Villa de Illescas,
dando aumentos á la fama,
el gran Don Juan de la Tierra
de esclarecida prosapia,
aunque mediano caudal
á su Padre le acompaña.
Dieronle estudios, y fué
un Seneca en la elegancia,
y en manejar el acero
excedia á otro Carranza,
aqui se cumple el refran:
hombre pobre todo es trazas.
Sabiendo estas facultades,
à rienda suelta se andaba
riñendo algunas pendencias
en defensa de las Damas.
Cumplidos los veinte años,
edad florida, y gallarda
de sus juveniles años,
y madurez de su infancia,
en el golfo de sus gustos
eterno consideraba
á su Padre; mas frustróse
toda su vana esperanza,
se transformaron sus gozos
en el anhelo, y la carga
de su Madre, y los cuydados
de su Padre le quedaban.
Mas como la juventud
en ningun tiempo repara,

arres-

arrestado dió la muerte
á un mancebo de su Patria.
Ausensóse, y fué á la Coste,
tomó de Soldado plaza
en una Vandera, que
para Napoles marchaba,
y con capa de Soldado
vivia muy á sus anchas.
Salióse una obscura noche
á buscar á cierta Marca,
y al pasar por una calle,
oyó, que hablaba una Dama,
porque el éco de la voz
delicada se mostraba.
Paróse, y hizo el reparo,
que á un Caballero le habla,
diciendo: Pongase en fuga,
mire, mire, que lo matan,
á cuyo tiempo llegaron
ocho hombres con espadas.
Juan de la Tierra que vido
aquella alevosa infamia,
á el lado del Caballero
se puso con arrogancia.
Portóse con tal valor,
que los quatro en la estacada
fueron á dár residencia
á las celestes moradas,
y los otros hacen fuga,
que como el viento volaban.
El Caballero le dice:
Quién eres? Cómo te llamas?
Juan de la Tierra es mi nombre,
Illescas mi amada Patria.
Asi le hablaba Don Juan
à la Magestad Cesarea
del Rei Don Felipe Quarto,
el que al proviso le manda,
que tomáse unos doblones,
y tambien la Real albaja
de un anillo de diamantes,
y que á Palacio se vaya
luego que amanezca el dia,
que será mayor la paga,
y que él era el Mayordomo
del Rei, y mucho le encarga,
que no se olvide de ir:
á Dios, porque viene el Alva.
Don Juan colocó su anillo
en una bolsa, y lo guarda
con cuydado dentro el pecho,
(ó lo que un discurso alcanza!)
en tanto que huvo dineros
tubo muchos camaradas.
Llegó aquel proximo Invierno,
á Napoles fué la marcha,
llegaron á la Ciudad,
adonde el resto gastaba.
Viendo no tenia un quarto,
y la hambre le apretaba,
acordóse del anillo,
á un Platero se llegaba,
á vér si comprar queria
aquella fina tumbaga.
El Platero que la vido,
le responde estas palabras:
Señor Principe, qué es esto?
Este anillo lo declara,
que sois Persona Real,
su Alteza no niegue nada.
Don Juan reparóse, y dixo:
Soi hijo del Rei de España
el gran Don Felipe Quarto:
por defender à una Dama
le dí la muerte sangrienta
á un hijo del Duque de Alva,
y temiendo de mi Padre
el castigo que me aguarda,
has-

hasta verlo mas templado
es fuerza que ausencia haga.
De la Corte me sali
sin que nadie sepa nada,
y asi si tú determinas
el que se vea ensalzada
tu casa, haciendote noble,
sobre esta Real alhaja
para mi adorno, y decencia
dame monedas, y galas,
que si te portas conmigo,
luego que me pase á España
prometo te ampararé
juro por mi Real palabra.
El Platero le responde:
En esta Ciudad se halla
un Compadre mio, que
grande hacienda le acompaña,
à ese dicho le hablaré
en lo que su Alteza manda,
(mucho puede el interés,
su interés todo lo arrastra)
El Maestro de Platero
se partió con vigilancia
en casa de su Compadre,
cuenta de todo le daba,
como en su casa tenia
á un gran Principe de España,
que era el dueño de la prenda,
que dice su forma, y traza.
Movidos de la codicia,
le pusieron una sala
adornada con primor,
le remiten dos criadas,
dos criados, y Carroza
compuesta, y adetezada.
El les encarga el secreto,
y es porque asi le importaba.
Se cruzaban los doblones,
los diamantes, y las galas.
Sepamos, que el Mercader
tiene por hija una Dama
hermosa á las marabillas,
que es de todos envidiada.
Llegó el dia de San Juan,
en que previno en su casa
diversidad de manjares
para la funcion que aguarda.
Fué á vér al Principe, y dióle
las visperas celebradas
de su Santo, y le suplica,
que pase á honrarle su casa
con su Persona Real,
que humilde se lo rogaba.
Amaneció el dia alegre,
poner la Carroza manda,
adornóse lo posible
desde el cabello á la planta,
triunfante se paseó
hasta llegar á la casa
d el Mercader, y apeóse,
alegres lo saludaban.
El Mercader á su hija
la ha encerrado en una sala,
obedecióle á su Padre:
mucho puede la crianza,
pero mas puede el amor,
que son muy grandes sus trazas.
Pusieron en fin las mesas
con agradables viandas.
A este tiempo la doncella,
que se miraba encerrada,
por el ojo de una llave
á el Principe divisaba,
y de su arte, y su brio
fué mariposa abrasada.
Abaxóse, y por la puerta
una gatera se hallaba,

con

con disimulo sacó
una hermosa mano blanca,
empezando á descifrar
por letras sus esperanzas.
Hizo Don Juan el reparo,
que se hallaba cara á cara,
fingiendo estar desmayado,
ó que accidente le daba,
todos se desatinaron,
teniendolo por desgracia.
Volvió de aquel accidente,
donde en el lecho descansa,
suspiros exhala al viento,
que el uno al otro se alcanzan.
Don Juan á su casa vino,
discurriendo forma, y traza
para lograr de su anhelo
la esperanza deseada.
Del Casero se valió,
deciale estas palabras:
cien doblones te daré,
si me llevas una carta
en casa de tu Compadre,
y la entregas á una Dama,
á una Deydad, no la he visto,
solo sí su mano blanca:
yo muero, y no sé por quien,
esta confusion me acaba,
esta esperanza me alienta,
este enigma me contrasta.
Has visto por dicha, ó suerte
esta que me roba el alma ?
El Casero le responde:
Es una hermosa muchacha,
hija del Compadre mio,
yo le llevaré la carta.
Dexemos en este estado
la Relacion en sumaria,
que Pedro Salvador dice,
que dará finalizada
del gran Don Juan de la Tierra
la Historia tan celebrada.

Con licencia:
En Córdoba, en Casa de Don Juan de Medina, y Santiago, Plazuela de las Cañas.